

La crisis destruye elementos clave de la democracia

Claus Offe entrevistado por Alessandro Cavalli

Profesor Offe, recientemente me dejó consternado un titular del *Süddeutsche Zeitung* que decía: «La lenta decadencia de Europa: la soberanía de los Estados y la moneda única no son compatibles». Arrancaría de esta idea para iniciar nuestra conversación.

Sí, es así, no son compatibles. Pero deberíamos haberlo sabido antes. De hecho, se han cometido diversos errores. El primero es la dimensión equivocada de la zona euro. Países con productividades diferentes y diferentes costes laborales unitarios, que es una variable decisiva, no pueden tener la misma moneda. Porque los perdedores perderán todavía más y los ganadores ganarán aún más. Pese a los fondos estructurales u otros instrumentos de transferencia es improbable que se pueda alcanzar alguna vez un equilibrio. Alemania, Holanda, Finlandia, Luxemburgo y otros países son por su propia naturaleza «excedentarios natos» mientras que los países meridionales son, inevitablemente, perdedores. Este es el primer error. El segundo es que en esta área monetaria ya de por sí mal diseñada no existe una política fiscal y social homogénea. Este es un aspecto que debería haberse regulado desde el inicio. Ha habido algunos elementos sustitutivos muy débiles: los criterios de Maastricht, que cabe pensar que fueron mal planteados visto que en realidad no regulan nada, no son un sucedáneo válido de un régimen fiscal y social igual para todos los Estados miembros.

Incluso la idea de subsidiariedad, por lo demás, parece hoy frágil.

Sí, la idea misma de subsidiariedad en general, que ha impedido la formación de un régimen como el señalado, es un error en el sentido de que para obtener el apoyo de los Estados miembros se les ha garantizado demasiada soberanía, además de que los criterios fijados en el Tratado de Maastricht se han demostrado insuficientes, sin ninguna consecuencia concreta. La lista de errores acumulados es abultada: aun si desde un punto de vista político eran inevitables, no se de-

bería haber incurrido en ellos. Si no se podía inducir a los Estados miembros a llegar a un acuerdo que fuese más allá del alcanzado en Maastricht, no se debería haber comenzado. Ahora todos nosotros, ciudadanos de la Unión, sufrimos las consecuencias de los errores cometidos en los años noventa. Quien se equivoca es responsable de las consecuencias y debería enmendar sus errores o bien ofrecer una compensación. Pero la cuestión es: ¿quién se ha equivocado, quién debe resarcirnos por los errores cometidos?

Es un punto crucial y no parece tan fácil hallar una respuesta clara.

Sí, pero hay un modo normativo de responder y es preguntarse quién se ha beneficiado más o quién ha sufrido menos por los errores cometidos. Estos, según una idea ampliamente aceptada, serían los que deberían pagar más por el coste de los errores. Y si se pregunta quién es el beneficiario relativo de los errores cometidos en el pasado, la respuesta es: Alemania. Porque los desequilibrios comerciales han favorecido a Alemania a través de los superávits en las exportaciones, que en ausencia de la moneda única no habrían sido posibles. El euro es un mecanismo que favorece las exportaciones alemanas porque los Estados miembros están indefensos frente a la moneda única, ya no pueden hacer lo que hicieron en los años ochenta y noventa, o sea, «ajustar» la moneda propia recurriendo a la devaluación. Nunca he entendido por qué España e Italia fueron tan entusiastas con la introducción del euro pese a que eso significaba *de facto* una autolimitación de su margen de maniobra.

Pero el euro ha funcionado al menos durante los primeros diez años, hasta la gran crisis de 2008.

Exacto, hasta la gran crisis. Pero lo que he dicho hasta ahora sería válido también si no se hubiera producido la crisis. Ahora bien, la crisis ha puesto de manifiesto drásticamente todo el alcance de los errores cometidos. La respuesta de tipo moral que acabo de proponer es: quienes han obtenido las mayores ventajas deben hoy compensar a los otros países o compartir la mayor parte de las cargas o gastos de compensación. Pero de nuevo esto no es factible desde un punto de vista político porque cualquier gobierno que proponga un reparto desproporcionado de las cargas o la mutualización de la deuda o los eurobonos o cosas similares se arriesga a perder las próximas elecciones. Por ejemplo, me parecería arriesgado e incluso suicida que en Alemania el SPD propusiera una estrategia de mutualización de la deuda sobre una base voluntaria. Una propuesta que ha encontrado fuerte oposición por parte de la creciente reacción populista, que en mi país proviene sobre todo de Baviera, como se ha visto en los últimos tiempos.

Nos encontramos ante una contradicción clásica: lo que sería absolutamente necesario e incluso obligatorio, en términos tanto económicos como morales, para estabilizar al euro resulta inviable en términos de política interna. Al contrario de lo que ha escrito recientemente Jürgen Habermas, no creo que esta sea una estrategia ganadora.

Pero quisiera añadir a lo dicho los otros dos errores cometidos. Los partidos políticos, todos sin excepción en Alemania, pero también en otros países (Francia e Italia no son excepción), han fallado en cuanto a explicar a su electorado lo que he tratado de resumir: hemos cometido errores, intentemos pues encontrar una solución en nuestro propio interés y en pro del interés colectivo, y busquemos la manera correcta de pagar por estos errores. Explicar al electorado este concepto debería ser una responsabilidad de los partidos pero estos han fallado miserablemente a la hora de asumir su responsabilidad. Quiero decir que los partidos políticos se están deteriorando, se limitan a actuar de manera oportunista para mantenerse en el poder. La ausencia de una clara línea política y de un programa, de una ideología, la falta de criterios de referencia que definan lo que es justo y correcto, los llevan a olvidar su principal tarea, que consiste en educar a su electorado, ejerciendo sobre éste una forma de hegemonía (recordemos a Gramsci), liderando una suerte de visión estratégica acerca de lo que debería ser una sociedad bien ordenada.

Vamos ahora al último punto. Creo que Mario Monti tiene absoluta razón en el diagnóstico del problema pero tiene dificultades a la hora de ofrecer un pronóstico: la democracia y el régimen parlamentario son incompatibles con lo que deber hacerse ahora para afrontar esta situación de crisis. En cierto sentido la crisis destruye los elementos clave de la democracia, porque hace necesarias acciones que no cuentan con el apoyo de la opinión pública. Los partidos políticos han fallado en educar a la opinión pública y a su electorado en este punto y ahora se encuentran ante una disyuntiva: o hacer lo que corresponde hacer o lo que tiene apoyo popular. Pero si optan por el apoyo popular encontrarán obstáculos en ambos frentes. El norte de Europa dirá: «¿Por qué deberíamos pagar nosotros también un castigo ejemplar a Grecia?», como profirió sin medias tintas el presidente del gobierno de Baviera. Mientras que en Italia y cada vez más en España resuena, tanto en la derecha como en la izquierda, la consigna: «¡Abajo la Merkel!» Pero así, desde un punto de vista político se llega a un punto muerto. Los costes de la construcción del consenso en el norte están aumentando aún más vertiginosamente que lo que crecen los rendimientos (y por tanto los costes de la deuda) de los títulos del estado en el sur. Es una situación verdaderamente terrible y nadie conoce la salida. Lo que hace ahora Sigmar Gabriel, el líder del SPD, al mostrar posiciones más moderadas y abiertas a una solución compartida a nivel europeo es un acto de desesperación, digno de elogio pero tardío. Aun si se pudiera pensar que en estos temas se está fraguando una alianza entre los Verdes y la izquierda, no creo que Gabriel se mantenga en tales posiciones y con firmeza hasta las elecciones. Quiero decir que hay una contradicción fundamental que está cada vez más clara y para él será difícil

sobrevivir políticamente. Por lo demás, el Banco Central Europeo resolverá la cuestión de manera tecnocrática: sobreponiéndose a la resistencia de Alemania –pero también de Finlandia y Holanda– abrirá el grifo, imprimirá moneda y comprará bonos sin valor de los países meridionales para calmar a los mercados.

¿Pero todo esto no pone en peligro la supervivencia misma de la moneda europea?

No, no creo. Soy bastante confiado y al final pienso que el euro sobrevivirá y probablemente también Grecia se mantendrá en la Eurozona. Pero sobrevivirá por vía tecnocrática, de manera que las fuerzas de extrema derecha y los sentimientos antieruropeos se fortalecerán en todas partes. Este es un asunto crucial. Desde un punto de vista político esta perspectiva no es optimista y los fundamentos no tecnocrático-institucionales de Europa se reducirán todavía más. Hace diez años escribí que Europa erosiona más apoyos de los que consigue generar, los desgasta lentamente sin aportar nueva savia a las motivaciones profundas que deberían ser la base de la idea misma de la Unión. Este círculo vicioso se acelera cada vez más y nadie sabe cómo cerrarlo. Y sin embargo, ¡cuánta necesidad tenemos de contenerlo!

El escenario de horror que me imagino es que veremos resurgir una forma de autoritarismo similar a la de los años treinta, que yo llamo fascismo autocrático, en un grupo de países europeos, cinco al menos: Austria, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Grecia. Hay una tradición de autoritarismo específica de la Europa suroriental y necesitamos la Unión Europea para controlarla y revertirla: la vemos en acción ya ahora en Rumanía y en Hungría y estuvo a punto de prevalecer en Austria en tiempos de Haider. Por eso Europa necesita un poder real y por así decirlo de «supervisión», un poder que debe ser apoyado. Si nos las viéramos con algo similar en Francia, en Dinamarca o en Alemania, cosa que por fortuna es muy improbable, entonces la situación iría más allá de las consecuencias políticas de los temores que me producen actualmente los cinco países mencionados.

Diré algo más antes de proseguir. Para los europeístas o los demócratas europeos, los liberales progresistas, la izquierda o como quiera que se les llame, Europa ha sido siempre una fuerza civilizadora que toma, mantiene y ejerce el control sobre las tendencias patológicas que la Historia nos ha hecho conocer. Es verdad: tenemos necesidad de Europa para controlar las pasiones y las patologías de los diversos Estados miembros, en articular de Alemania. Por eso necesitamos una autoridad europea, un gobierno europeo, una cuasi-federación europea que sea capaz de ejercer esa función de control. Por estas razones políticas hay en Europa una fuerte discusión histórica a favor de esta «autoridad super partes». Ahora la hemos conseguido finalmente, pero como una operación de

emergencia. Es el Banco Central Europeo (BCE), la institución menos democrática de todas las instituciones despolitizadas o políticamente inaccesibles de todo el edificio institucional de la Unión Europea. El BCE con su Consejo Directivo integrado por 23 miembros, entre ellos los gobernadores de los 17 bancos centrales de la Eurozona, tendrá la mayor autoridad para hacer y realizar Europa. La imagen que se forma a ojos de la Europa sinceramente democrática, de todas las fuerzas que creen en ella, es así la de una Europa profundamente antidemocrática y tecnocrática. Monti lo ha entendido pero ha cometido el error de decir públicamente que hay que escoger entre el parlamentarismo y la salvación de Europa.

Habría podido añadir al menos que es necesario aumentar el poder del Parlamento Europeo...

Sí, habría podido hacerlo, pero los imperativos de los *policy makers* los dicta el tiempo: «necesitamos una decisión antes de la medianoche del domingo porque después abre la Bolsa de Tokio, pero ¿cómo podemos obligar al Parlamento a tomar una decisión antes de medianoche del domingo? No podemos.» Pero las decisiones que hay que tomar son inaplazables y si mucho aprieta se toman el sábado por la mañana o el viernes por la tarde. Cuando hay que tomar una decisión en un momento preciso y se trata de una decisión inaplazable, no se puede consultar al Parlamento. Los alemanes han intentado hacer una versión en miniatura de la Comisión de Política Financiera y del Tribunal Constitucional, pero esta «presión temporal» impone plazos y actuaciones que son contrarios a la propia Constitución. Una de mis metáforas favoritas son las agencias de *rating* o de calificación: las agencias de calificación observan la situación, valoran la situación, pero contribuyen también a conformarla; son a la vez indicador y origen de procesos muy rápidos que se pueden ir de las manos. A no ser que Monti y Draghi telefonen a los amigos que tienen debido a su pasado profesional en los bancos de inversión de Nueva York –porque se conocen todos personalmente– y tomen una decisión en media hora. Pero esto, evidentemente, es incompatible con los procedimientos parlamentarios, incluidos los del Parlamento Europeo, cuyos miembros deben desplazarse a Estrasburgo, que está a cuatro horas de Bruselas. No sé lo que pasará. Si recurrimos a la teoría de juegos, estamos ante un típico caso de *chicken game*: para todos los países miembros, incluida Alemania, los costes de enviar a paseo la Eurozona son mucho más elevados que los que hoy deben ser sufragados por quien puede pagar, al margen de a quién corresponda la culpa originaria. Estamos ante un proceso en el que la irracionalidad colectiva avanza rápidamente, donde todo participante individual en el juego puede decir que es mejor ganar perdiendo el juego, esto es, ganar haciendo lo que corresponde, más que cometer un suicidio colectivo.

En estos tiempos nadie tiene una visión optimista del futuro.

Mi amigo Jürgen Habermas sí, aunque no sea optimista en sentido propio.

He leído el último artículo de Habermas, publicado también en Italia hace poco. No diría que es optimista: cree que hay vías de salida pero no parece muy convencido de que se sigan efectivamente esas vías. Muchas personas sienten que nos estamos aproximando a un «Abgrund», a un abismo, pero nadie parece estar en condiciones de frenar el proceso.

Mario Draghi podría tener el poder de hacerlo, pero si lo ejerciera sería el fin de la democracia europea.

Necesitaría el apoyo de todo el BCE.

Tendría el apoyo de la mayoría de ganadores potenciales, y no hay derecho de veto. Jens Weidmann, el representante alemán en su condición de gobernador del Bundesbank, está relativamente aislado en el Consejo Directivo del BCE. Hay necesidad de salir de la situación actual, más allá de lo que signifique la salida. En el futuro deberemos pagar los costes de la salida de este *impasse*. Sabiendo que, como muchos predicen, el nivel de inflación que seguiría a una eventual operación de emergencia, de «abrir el grifo» (es decir, la emisión de moneda), de momento lo ignoramos pero seguro que será una carga y motivo de queja para toda una generación. Habrá quien tratará de inculpar a otros recordando quién ha pagado por quién, evocando los que sufrirán injustamente por las consecuencias de esa operación de emergencia. Conviene que seamos conscientes de todo esto.

Es comprensible que el miedo a la inflación esté presente en la opinión pública, especialmente en Alemania.

Precisamente sobre esta cuestión acabo de leer un interesante artículo de Ulrike Guérot, del Consejo Europeo de Relaciones Internacionales, que analiza de manera muy rigurosa y aguda la situación, retomando los principios básicos del Ordo-Liberalismo, una doctrina de política económica que en esencia afirma que todo lo que pueden hacer los Estados es establecer parámetros y reforzar la competencia. Una doctrina, entre Smith y Hayek, que prevaleció en Alemania entre

finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta y que tuvo gran éxito. Es esto lo que recuerdan los alemanes y no tanto el miedo ligado a la inflación de los años veinte, que se remonta hoy a tres generaciones atrás. Lo que recuerdan es la teoría de que la competencia es una bendición. Deberíamos permitir a los Estados que hicieran más por reforzar la competencia y quien falle que pague el precio.

Monti, como creo que cualquier persona razonable, manifiesta temor a que los sentimientos antialemanes se difundan en diversos países de Europa.

Pero lo mismos alemanes lo temen. Lo que guía a Angela Merkel es precisamente el miedo a ser estigmatizada. Un factor importante que orienta la acción de las élites políticas es la voluntad de evitar la estigmatización. Nadie quiere verse etiquetado como el malo que ha originado todo esto (es decir, que sería el responsable del fin del euro). El intento de evitar las críticas es la razón principal de la búsqueda de un compromiso. Los motivos no son la solidaridad, una actitud de tipo ilustrado, el interés propio o las consecuencias a largo plazo, sino el pavor a los ataques que acarrearía acabar con la Unión Europea. Algo que sin duda sería un motivo de ataques y de crítica de lo más serio.

¿Podría constituir esto un factor de reforzamiento?

Sí, puede hacer consciente a la gente, al electorado, pero no sé hasta qué punto. Creo que en los últimos seis meses en la opinión pública alemana, incluida tal vez media redacción del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, se ha difundido una sensación de malestar y se insinúa la duda de que podríamos habernos equivocado. Este sentimiento alcanza también a personas como Peer Steinhilber, uno de los candidatos probables del SPD, perteneciente al ala derecha del partido. Hace un tiempo, en una intervención en la Hertie School of Government, sostuvo que tal vez nos habíamos equivocado al desregular los mercados financieros. Hay, así, muchas reflexiones en marcha, incluso autocríticas. ¿Pero llegan a la masa de votantes?

En punto a elecciones el año que viene será crucial...

Sí, tendremos elecciones en Baviera, elecciones al Bundestag y, claro, las elecciones italianas, todo en 2013.

En Italia la cuestión europea desempeñará también por primera vez un papel crucial en clave electoral.

Lo mismo sucederá en Alemania. Tendremos las elecciones de Baviera y la derecha populista bávara es contraria a soluciones que tengan como objetivo la salvaguarda de Europa. En este Land la situación es inestable. Por primera vez desde los años cuarenta existe la posibilidad de que el excelente alcalde de Munich desafíe a la CSU. Esto se suma a una situación ya explosiva. Además el sistema de partidos se encuentra en dificultades y ha perdido el papel hegemónico que tuvo en el pasado. Hay un indicador importante: las dos grandes formaciones políticas, las que en alemán se llaman *Volksparteien*, o sea, demócrata-cristianos y socialdemócratas, obtenían conjuntamente a mediados de los años cincuenta casi el 80% de los votos, mientras que hoy no reunirían ni un 60%: el 32% la CDU-CSU, el 25% el SPD. El resto de los votos van a nuevos partidos que nacen y desaparecen, como el Partido Pirata, y a los partidos de izquierda y a los liberal-demócratas que han resurgido. Personalmente simpatizo con algunos de sus representantes, de los Verdes y del Partido Pirata, pero debo admitir que no tienen capacidad de alcanzar ninguna forma de liderazgo. Y por lo que me consta, en Italia la situación es parecida.

Frente a la cuestión europea la izquierda parece dividirse.

Desde luego. Hay todo un mercado que repartirse en el ámbito del nacionalismo de izquierda populista y antieuropeísta. Como en Grecia. Por lo que se refiere a Italia, es preocupante que el Partido Democrático no esté haciendo lo que se esperaba. ¿En qué ha quedado la izquierda reformista?

También en Italia, como recordaba usted, falta un verdadero liderazgo, no se entreen líderes capaces de guiar a la opinión pública. Sucede más bien lo contrario: todos van detrás de la opinión pública, todos siguen lo que digan los sondeos de opinión.

En Alemania los socialdemócratas eran antes un partido en el que la base tenía un papel importante, se oponía si era necesario a la dirección y promovía ideas y personas. Ahora ya no es así porque la dirección del partido ya no está bajo control de sus miembros, su poder está en declive y se guían sobre todo por lo que digan los institutos de investigación que hacen sondeos y por los asesores que diseñan las estrategias de comunicación. Es increíble hasta qué punto el consenso viene dictado sin conflicto alguno por la dirección, que pone a todos de acuerdo, en particular en el caso de los socialdemócratas, pero también en el

de los demócrata-cristianos. Si alguien hace un poco de ruido que pueda interpretarse como disenso con respecto a la línea de la dirección, es apartado. En plan sarcástico se dice que si un diputado sigue su conciencia en vez de la línea del partido, entonces deberá confiarse a su conciencia para ser revalidado como candidato en las próximas elecciones. Y todo miembro del Parlamento sabe que esto en cierta medida es verdad. Los diputados dependen para su nominación del partido –esto constituye un mecanismo de control en manos de la cúpula– pero no tienen un proyecto, solo tienen una línea para un día o, todo lo más, para una semana. He aquí lo que sucede hoy en el SPD, donde han decidido hacer de Europa la cuestión central de las próximas elecciones y proponer esta especie de «euroconcesión». Probablemente si estuvieran en el gobierno no lo harían, pero se trata de promover una línea anti-Merkel. Es extremadamente arriesgado porque están convirtiéndose en el blanco de los sentimientos antieuropeos, del resentimiento popular.

Con todo cabe registrar una cosa: en los últimos meses Grecia ha sufrido probablemente más que nadie, pero cuando los griegos han tenido la posibilidad de votar no han votado contra Europa.

No. Saben que están mejor en el euro (y todas las deudas) que con la dracma (y las deudas acrecentadas). Sin el euro se verían obligados a acometer una devaluación drástica con la consiguiente inflación y tendrían que pagar aún más por sus deudas. Razón por la cual es mejor secundar a la troika y hacer algo ya ahora. Es una actitud racional. Se puede ganar también con una movilización antieuropea o como en este caso antialemana, pero es muy difícil preverlo. Todos los economistas más ilustres, empezando por Paul Krugman, afirman que no podemos saber qué pasará. Esa contradicción entre necesidad económica e imposibilidad política no puede resolverse de ninguna manera y lo que sucederá en Europa después de la «dictadura» del presidente del BCE –si salva el euro– será un golpe a los principios básicos de la responsabilidad democrática.

Por lo demás no hay precedentes históricos a los que referirse.

Y si todo se hunde, ¿qué sucederá en la Europa suroriental? En mi fuero interno me da pánico solo pensar lo que podría acaecer, porque en ese momento los rumanos, los húngaros y los austriacos tendrían manos libres para hacer lo que quisieran. Ahora bien, ya no formarán parte de Europa.

Una última pregunta para concluir: A su juicio, ¿hasta qué punto es consciente la opinión pública alemana del auténtico drama vivido por los ciudadanos griegos y de los otros países europeos hoy en dificultades?

El conocimiento de la situación ha aumentado considerablemente en los últimos meses. Los alemanes están realmente interesados en la cuestión y conocen suficientemente los argumentos de ambas partes. Los populistas –y no solo la extrema derecha– son verdaderamente marginales en Alemania. Me hace feliz poderlo afirmar, el populismo es una locura y es considerado como tal por la mayor parte de los alemanes. Hay grupos de economistas que han tratado de convencer a la opinión pública de las culpas no solo de los pueblos de la Europa meridional sino también de las élites políticas alemanas, acusadas de despilfarrar dinero.

Pero enseguida se ha formado otro grupo que suscribió una contra-declaración que argumenta la necesidad de un nuevo Plan Marshall keynesiano, la mutualización de la deuda y otras ideas de este tipo. La opinión pública alemana está dividida pero el nivel del debate se ha elevado. Muchas personas han comprendido que si dejamos que Grecia se hunda sufriremos duramente las consecuencias. Y por eso es mejor pensárselo bien.

Traducción de Gustau Muñoz

.....
CLAUS OFFE (1940) es sociólogo y politólogo de proyección europea. Durante muchos años enseñó en las universidades de Bielefeld, Bremen y Humboldt de Berlín, así como en las universidades americanas de Princeton, Harvard y Stanford. Colaborador de Jürgen Habermas, forma parte de la segunda generación de la Escuela de Frankfurt. Actualmente es profesor de sociología política en la Hertie School of Government de Berlín.
Alessandro Cavalli es catedrático de sociología de la Universidad de Pavía. Ha sido durante largos años director de la revista *Il Mulino* y presidente de la asociación de este mismo nombre.
La presente entrevista se publicó originalmente en *Il Mulino* núm. 5 (2012).